

LA FEDERACION BRITANICA DEL CARIBE: EL TRASFONDO DE LAS INDIAS OCCIDENTALES *

GORDON K. LEWIS **

I

LA Conferencia de Londres de 1956 sobre la proyectada federación de las posesiones británicas del Caribe representa el *climax* de un sueño que data de hace casi un siglo. La primera sugerencia de que hay constancia para la unificación de esos territorios fue hecha, apenas una generación después de la Emancipación, en un apéndice añadido en 1860 a las *Lectures on Colonisation and Colonies*, dictadas en la Universidad de Oxford por Herman Merivale, del Ministerio de Colonias, entre los años 1839 y 1841. A pesar de su carácter cauteloso, naufragó en el mar de las envidias isleñas. Una generación más tarde fue continuado por el plan del Sr. C. S. Salmon para unir las quince islas británicas, el plan del Dr. de Verteuil contenido en su libro sobre Trinidad que se publicó en 1884, la conferencia del difunto Vizconde de Elibank pronunciada en 1911 ante el Comité de las Indias Occidentales en Londres y que fue escrita en su calidad de Administrador de San Vicente, y el libro que el Dr. Meikle publicó en 1912 y que, de modo sugestivo, tituló *Confederation of the British West Indies versus Annexation to the United States of America*. Existen, igualmente, numerosos antecedentes representados por conferencias oficiales y extra-oficiales. La Comisión Real de 1882 recomendó una unión administrativa en áreas tales como el servicio civil, la recaudación de derechos sobre el ron, los impuestos, las tarifas aduaneras, la administración de justicia y las comunicaciones postales y telegráficas. La Comisión de 1894 abogó por la unión siguiendo el modelo anterior, mientras que la de 1897 propuso un proyecto menos ambicioso, consistente en colo-

* Traducción del inglés por Pedro Bravo Gala.

** Catedrático asociado en el Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Ha sido profesor en las universidades de Chicago, California y Brandeis. Es autor de numerosos artículos sobre el gobierno y el desarrollo constitucional de diversos países. Formó parte del grupo de asesores de la Convención Constituyente de Puerto Rico.

car las islas del grupo Barlovento bajo el gobierno de Barbados. El informe presentado en 1920 por el difunto Lord Halifax sobre los problemas del área consideraba la federación como un objetivo necesario, pero distante. El informe que en 1933 libró el "Comité para una Unión más Estrecha" sugería combinar los grupos de las islas de Barlovento y Sotavento en una colonia bajo un solo gobierno, pero los antagónicos intereses regionales de Antigua y Grenada destruyeron el proyecto. La Conferencia de las Indias Occidentales que se llevó a cabo en Dominica en 1932 trazó aún otro plan para la federación, la mayor parte del cual, en sus detalles, era mucho más liberal que los acuerdos basados sobre el Plan de Londres de 1953. El informe de la Comisión Moyne, publicado en 1945, dio impulso a la idea y es digno de notarse que mucho de su entusiasmo por ella tuvo su origen en la ardiente defensa hecha por los grupos obreros y sindicales de las Indias Occidentales, especialmente en las deliberaciones habidas en ocasión del Congreso Obrero de las Indias Occidentales y la Guayana Británica en 1938. La orden despachada el 14 de marzo de 1945 por el Ministro de Estado para las Colonias dio el impulso final a este sueño. La subsiguiente Conferencia de Montego Bay, celebrada en 1947, aceptó el principio fundamental de una federación en la cual cada una de las partes constituyentes retendría control absoluto sobre todas las materias que no fuesen específicamente asignadas, siguiendo el modelo australiano, al gobierno federal. Como resultado de esas recomendaciones, se creó más tarde el "Comité para una Asociación Permanente más Estrecha", presidido por Sir Hubert Rance, con objeto de que trazase un bosquejo de la estructura federal. La Conferencia de Londres de 1953 fue la escena donde se produjo el acuerdo formal de los territorios para la aceptación del convenio de federación. La Conferencia de Migración de 1955, celebrada en Trinidad, dio solución al delicado problema referente al movimiento de personas dentro de la federación. El toque final fue dado por las decisivas medidas adoptadas por la Conferencia de Londres de 1956.¹ Lo que aún resta por hacer estriba en la formidable tarea de llevar a cabo la transición del viejo al nuevo régimen y del establecimiento del gobierno federal en todas sus ramas. La índole de esta tarea se analiza en los informes de los tres Comisionados pre-federales.²

¹ *West Indies. Report of the Closer Union Commission* (Londres, abril, 1933); *British Caribbean Standing Closer Association Committee Report* (Londres: 1948-49); *Report by the Conference on West Indian Federation*, Cmd. 8837 (Londres: HMCO, 1953); *The Plan for a British Caribbean Federation*, Cmd. 8895 (Londres: HMCO, 1953); *Report on the Conference on Movement of Persons within a British Caribbean Federation* (Puerto España, Trinidad: 1955); *British Caribbean Federation, Report of the 1956 Conference*, Cmd. 9733 (Londres: HMSO, 1956).

² *The Plan for a British Caribbean Federation. Report of the Fiscal Commissioner*, Cmd. 9618 (Londres: HMSO, dic. 1955); *Report of the Civil Service Commissioner*, Cmd.

Se trata, en cualquier caso, de una empresa atrevida. Federar quince unidades cuando se trata de sociedades isleñas, desparramadas en un vasto archipiélago y separadas por cientos de millas, no es una tarea insignificante y presta al grupo federal características singulares, desconocidas en empresas federales anteriores. El hecho de que Trinidad y Jamaica están separadas por una distancia de mil millas fue considerado, hace una generación, en el libro de Lord Elibank, como razón suficiente para justificar la exclusión de esta última isla de su proyecto, y no es exagerado afirmar que el actual proyecto sólo ha sido posible debido al notable desarrollo de las líneas aéreas comerciales en las últimas décadas. Todas estas islas se muestran característicamente isleñas en sus actitudes y son celosas de sus prerrogativas; vivir en medio de la peculiar incongruencia de su sociedad durante algún tiempo supone tanto como saborear los celos localistas que existían en Inglaterra a principios de la era victoriana. Desde luego que se puede hablar, como lo han hecho observadores tales como W. M. MacMillan y el Profesor Simey, del desarrollo de una conciencia social común en las Indias Occidentales. Sin embargo, un desenvolvimiento económico independiente, unido al control de tarifas y a los escasos medios de transporte, han paralizado eficazmente, hasta la fecha, el desarrollo de un sentimiento regional fuerte. El aguijón de los intereses económicos atrae la atención local hacia los grandes países metropolitanos, bien se trate de Canadá, el Reino Unido o los Estados Unidos, hacia los cuales desemboca en su mayor parte el tráfico y el comercio, más que hacia las islas vecinas. Las anomalías, muchas veces cómicas, que son consecuencia de este hecho, en materias tales como el correo, los servicios aéreos y marítimos o la educación superior, son bien conocidos por cualquiera que viaje por el Caribe. La mayor parte del tránsito intrainsular se limita todavía, en efecto, a las visitas de funcionarios o de equipos de *cricket*. Tampoco ayuda a aliviar la impresionante pobreza del área las formas ilógicas en que frecuentemente cristaliza su estructura política y económica; para hablar de un ejemplo tomado de las posesiones holandesas en el Caribe, podemos fijarnos en el nuevo Estatuto Real de 1954, que intensificó la dependencia política y constitucional de las Antillas holandesas con respecto a La Haya, aun cuando la industria de refinería del petróleo de Aruba y Curaçao depende en su totalidad de la corriente de petróleo crudo que viene de Venezuela. Por lo que se refiere al sector británico, señalemos la anomalía representada por las Islas Vírgenes británicas, las cuales, aunque gobernadas por un presidente británico, dependen totalmente, en la

9619 (Londres: HMSO, dic. 1955); *Report of the Judicial Commissioner*, Cmd. 9620 (Londres: HMSO, dic. 1955).

existencia precaria que arrastran, de vínculos familiares y económicos con la isla norteamericana de Santo Tomás, lo cual nos muestra que la prueba más difícil a que se someterá la federación consistirá en su capacidad para prestar ayuda a esas islas más pequeñas para que puedan salir de su desesperada situación económica. Como consecuencia de ello, la sociedad de las Indias Occidentales es furiosamente localista. A todo lo cual, debe añadirse el hecho de que la federación ha sido frecuentemente considerada como una invención del Ministerio de Colonias para traspasar la responsabilidad de los hombros imperiales a los de las Indias Occidentales, prejuicio que aún hoy se encuentra; los habitantes de las Indias Occidentales parece que todavía no han olvidado que el liberalismo gladstoniano, representado por concienzudos funcionarios coloniales del estilo de Sir Henry Taylor, consideraba a las colonias como ruedas de molino que colgasen del cuello de la metrópolis. La opinión pública que apoya el nuevo movimiento tiende a ser, como resultado, una opinión de la pequeña burguesía y apenas hay pruebas de que, hasta la fecha, haya sido capaz de apoderarse de la imaginación popular. Tampoco se nota un gran entusiasmo por el sueño de alcanzar el status de Dominio, que, según algunos, surgirá como resultado lógico de la federación. La anglofilia de las masas de las Indias Occidentales es, realmente, más cuestión de hábito que de convicción. Sólo hace una generación, cualquier viajero americano con dotes de observación, podía ver cómo las clases obreras de las islas parecían estar más bien en favor de la idea de una anexión con los Estados Unidos, en la vaga creencia de que el sistema norteamericano consideraría las aspiraciones propias de la clase obrera con más generosidad que el británico, excepto en el dudoso problema referente a la "barrera del color".³ Quizá hoy no sea éste el caso, cuando después de varios años de inversiones en el desarrollo y la seguridad social de las colonias, se ha revelado que los ingleses van dándose cada día más cuenta de cuáles son sus responsabilidades imperiales hacia las áreas "atrasadas". Sin embargo, existe todavía gran susceptibilidad entre el pueblo de las Indias Occidentales sobre la conducta de los que dirigen la Hacienda imperial. La advertencia hecha por el señor Adams en el sentido de que el pueblo de las Indias Occidentales debe cuidar que la federación no signifique la entrega en cuerpo y alma a la Hacienda del Reino Unido, es prueba de que, para muchos de ellos, el experimento federal va a ser juzgado menos por sus ventajas específicamente políticas que por sus ventajas económicas y por la prontitud con que los británicos estén dispuestos a revisar sus conceptos tradicionales por lo

³ Harry A. Franck, *Roaming through the West Indies* (Nueva York: The Century Co., 1920), pág. 485.

que se refiere a las relaciones existentes entre libertad constitucional y dependencia financiera.⁴

El aislacionismo del Caribe se refleja, a su vez, en el hecho de que su conformación política y constitucional se asemeja a un abigarrado mosaico. El desarrollo constitucional y político se ha producido de modo marcadamente desigual en las diferentes partes. Como resultado, se ofrece una gran disparidad en el grado de complicación política dentro de la región. En Barbados, los poderes reservados del Gobernador General se reducen a un veto inoperante y desusado, mientras que en la federación de las islas de Sotavento aquéllos son mucho más efectivos. Si bien se han producido recientes y rápidos progresos en la estructura constitucional de Jamaica y Trinidad, en la primera se ha desarrollado un gobierno de gabinete a partir de la Constitución de 1944, mientras que la última ve todavía medio paralizada su vida política por el viejo sistema de un Consejo Legislativo cuasi-representativo que impide a cualquier líder hablar con autoridad decisiva por encima de sus colegas. La adopción del sufragio universal durante la última década ha venido, hasta cierto punto, a rectificar la notoria debilidad del sistema de gobierno colonial de la Corona. Muchas de esas debilidades continúan existiendo, sin embargo: el insalvable conflicto entre las cámaras legislativas, más o menos populares y los consejos ejecutivos de la Administración; lo pernicioso del sistema de designación por nombramiento, que trae, casi como consecuencia automática, el que un jefe político pierda la confianza de la masa de sus seguidores una vez que llega a ocupar el puesto; las especiales dificultades en que se mueven los Gobernadores, quienes deben mantener un cuidadoso equilibrio entre el Ministerio de Colonias, por un lado, y la sensitiva legislatura local, por el otro; el abuso público en el nombramiento de funcionarios; el belicoso espíritu de una oposición perpetua e irresponsable que esteriliza, por su parte, la posibilidad ya sea de cualquier cooperación saludable entre el ejecutivo y el legislativo, ya sea la existencia de un liderazgo ejecutivo audaz, y por último la retención de funciones tales como la de policía y la judicial bajo el control oficial, han venido frustrando el desarrollo de un gobierno interno y local autónomo. Algunos críticos de la federación, como consecuencia, han sugerido que el tránsito a la federación sea acompañado, o incluso precedido, por la concesión de una total autonomía en el gobierno, al menos por lo que se refiere a los asuntos internos de las colonias. Esto constituye el meollo de la crítica del Dr. Eric Williams, de Trinidad, y, en parte, del memorándum "Open Mandate" de "siete puntos" del Sr. Manley, de Jamaica.

⁴ *House of Assembly Debates. Official Report*, Sesión 1950-51 (Bridgetown, Barbados, BWI: 5 de nov. 1951), Col. 1232.

La razón estriba en que establecer un gobierno federal, por ejemplo, con amplios y mal definidos poderes reservados para su Gobernador General, en una época en que el cargo de Gobernador General dentro del sistema colonial de la Corona está siendo reducido gradualmente a una especie de monarca constitucional en un país democrático, constituye, sin duda, una manifiesta anomalía en la estructura constitucional. La crisis de 1953 en la Guayana Británica ha dilatado sin duda el proceso hacia la autonomía. Pero esto no puede durar mucho tiempo y se reconoce generalmente que un retorno al tipo de constitución anterior a 1953, o al antiguo modelo de un consejo legislativo en el que la mayoría sea designada por nombramiento, representaría un paso hacia atrás. La concesión de la federación significa —a pesar de que, como revela en sus detalles, todavía retiene mucho de la actitud colonial propia del antiguo sistema— el reconocimiento del hecho fundamental de que el pueblo de las Indias Occidentales ha pasado de la etapa de paternalismo imperial a la de democracia política. Cuando incluso la Iglesia Anglicana colonial refleja el espíritu del cambio —en 1955 la Iglesia de Inglaterra nombró como Obispo de la diócesis de Jamaica al primer candidato nativo en los trescientos años de su historia en la isla— es evidente que la sociedad, en su conjunto, está rompiendo los grilletes que la hacían depender del exterior en cuanto a la provisión de líderes.

De todo esto se deduce que, a pesar de cuanto orgullo y prejuicio propios de la vida isleña pueda haber, los habitantes de las Indias Occidentales tendrán que acabar cediendo ante la lógica del argumento de los federalistas. Historia, economía, comunicaciones, refuerzan la lección de que, de algún modo, las islas compartirán la misma suerte. Es cierto que de la lectura de los numerosos debates que sobre este tema se han llevado a cabo en las asambleas legislativas desde 1945, se deduce dolorosa, pero claramente, la existencia de una mentalidad insular egoísta. Es verdad también que la lucha que se desarrolló sobre el lugar en que establecer la proyectada capital federal fue una desagradable exhibición de intereses mezquinos en conflicto, la cual muy bien podía volver a representar en el Caribe la comedia de la disputa acerca de la capital federal de Australia en 1901. Sin embargo, la lógica está, desde luego, de parte de los optimistas, como el señor Gómez, de Trinidad. Las Indias Occidentales no son un área ricamente dotada. Ninguna isla es lo suficientemente grande o rica como para mantener, por sí sola, el grado de poderío económico y técnico que se requiere para obtener una mejoría significativa en productividad o en estabilidad económica. Las unidades más pequeñas, especialmente, no pueden esperar elevarse muy por encima de una existencia marginal en recursos financieros, como no sea por medio de una cooperación regional con las

demás; leer la historia de los planes locales de desarrollo industrial proyectados para una pequeña economía, tal como la de Antigua, es darse cuenta de los peligros escondidos en una autosuficiencia sentimental y azarosa. La economía del área, en su totalidad, es débil y vulnerable. A pesar de los esfuerzos realizados hacia una industrialización de segundo grado, pasará mucho tiempo antes que llegue a ser algo más de lo que es en el presente, una sociedad cuyo nivel de vida depende del precio mundial de sus productos agrícolas y que, por consiguiente, está a merced de factores del comercio mundial que no está en sus manos controlar. Es sugestivo, por tanto, que el estado de sus cosechas principales—azúcar, café, cítricas, plátanos—dependa de acuerdos de comercio preferente con el Reino Unido, e, igualmente, sugestivo que para asegurarse la garantía de precios y mercado para sus exportaciones, sólo ha llegado a conseguirlo—como ocurrió en las conversaciones de 1955 sobre cítricas—por medio de una representación regional concertada. Por caminos diversos, tal cooperación ha ido creciendo entre las dependencias del Caribe. El trabajo del Comité de Economía Regional, desde su origen en 1949, ha sido como una advertencia sobre la necesidad que hay de organismos federales, porque sin su continuado esfuerzo no existiría hoy un Comisionado de Comercio de las Indias Occidentales en Londres, un Servicio de Embarque de las Indias Occidentales y una maquinaria apta para las negociaciones con el Gobierno del Reino Unido. Puede decirse que en todo sector importante se han desarrollado nuevas formas de colaboración funcional. La Organización para el Desarrollo y el Bienestar en Barbados ha provisto un centro para la investigación de problemas comunes, especialmente en materias de educación y servicios sociales. La normalización de la moneda ha sido obtenida finalmente a través de la acción regional. Los productores principales de toda el área han creado diversos organismos para la contratación y la conquista de mercados extranjeros. Institutos de investigación tales como la Estación de Cultivo de la Caña de Azúcar en Barbados y, el, aún más famoso, Colegio Imperial de Agricultura Tropical, en Trinidad, vienen trabajando para toda la región. La Universidad de Mona llegará a ser, con toda seguridad, en los años venideros, un semillero de administradores para el gobierno federal. La unificación de los servicios públicos de la región ha sido prevista en el Informe Holmes de 1949, si bien al no dar solución al problema de un escalafón unificado y de sueldos básicos comunes—indispensable para un servicio civil federal—hace que, ahora, en algunas de sus partes, resulte anticuado. Si damos un paseo por la *Kent House*, nos daremos cuenta de la gran cantidad de investigaciones que han sido llevadas a cabo por la Comisión del Caribe para los problemas

económicos de la agricultura del área. Lo que se necesita ahora, sobre cualquier otra cosa, es una estructura gubernamental que posea la buena voluntad y el poder necesarios para traducir esa sabiduría en realidad política, para aplicar las recomendaciones hechas por la legión de especialistas que ha inundado las Indias Occidentales por tanto tiempo. "Existe la necesidad apremiante —leemos en el Informe Rance— de crear algún organismo que pueda hablar y actuar con autoridad, pleno conocimiento y rapidez en nombre de toda la región y en un amplio campo de actividades, de las cuales, la contratación comercial sería sólo el ejemplo más prominente. Esto exige que se trate de un organismo que pueda actuar por propio derecho, y no por delegación de otros y sujeto a su confirmación. Ello, a su vez, requiere un órgano deliberante plenamente representativo, del cual se derive la necesaria autoridad —es decir, una legislatura en la cual los representantes, directamente elegidos por el pueblo de la región, tengan voto predominante".⁵ Esa necesidad, que durante tan largo tiempo parecía sólo de una visión, está siendo ahora rápidamente realizada. Ha sido una visión a cuyo servicio muchos de los líderes de las Indias Occidentales —Rawle y Cipriani, Renwick y Marryshow— consagraron sus vidas de devoto esfuerzo. Es justo que, a medida que las Indias Occidentales asisten a un nuevo alumbramiento de la libertad, su contribución sea generosamente recordada.

II

Las formas de gobierno, sin embargo, son consecuencia de las funciones de gobierno, porque en política, como en la naturaleza, es la función la que determina la forma. Los fines que la nueva estructura gubernamental de las Indias Occidentales deba perseguir, son, por lo tanto, del mayor interés para nuestro análisis. "El Estado —escribió Burke, en uno de sus más famosos textos— debe ser considerado como algo más eminente que un contrato de sociedad para el negocio de pimienta, café, calicó o tabaco, o parecido tipo de baja especulación, establecido para satisfacer mezquinos intereses temporales y para ser disuelto según el capricho de las partes". Muchas de las discusiones habidas en las Indias Occidentales acerca del proyecto de federación han tendido a caer en la cortedad de miras contra la cual Burke tan notablemente protestaba. Ha sido aplaudido como el medio adecuado para rehabilitar las economías locales o crear un solo bloque comercial

⁵ *British Caribbean Standing Closer Association Committee Report*, par. 19 (1948-1949).

en el mercado mundial, o atraer más capital inversionista. La salud económica es, desde luego, un ingrediente importante del bienestar humano. Sin embargo, mucho del idealismo y de las grandes oportunidades existentes se perderán si no se acierta a ver, en toda su amplitud, que el establecimiento de la nueva forma de gobierno apunta, como objetivo más alto, nada menos que a la reconstrucción de la sociedad de las Indias Occidentales.

Desde que se publicó el libro profético del Profesor MacMillan, *Warning from the West Indies*, hace cosa de veinte años, se ha reconocido siempre como un hecho indiscutible la debilidad de la sociedad del Caribe. Es la opinión común que el haber retrasado hasta 1945 la publicación del Informe de la Comisión Moyne de 1939 fue debido a que constituía un arma ideal para la propaganda enemiga en contra del imperio colonial. Gran cantidad de este Informe constituye aún un fiel reflejo de la vida de las Indias Occidentales. Sus campesinos y obreros viven en la mayor pobreza, aliviada sólo por el sol tropical. Enfermedades crónicas y males endémicos, viviendas rudimentarias, bajo nivel educativo, especialmente en las zonas rurales, una gran cantidad de desempleo e "infraempleo", son rasgos característicos de su existencia. Las ciudades en las que les ha tocado vivir, en su conjunto, son feas y construidas sin ningún plan; las barriadas más pobres de ciudades tales como Puerto España, Georgetown y Bridgetown son conglomerados de hambre, enfermedades e ignorancia. La clásica herencia de la esclavitud—la identificación del trabajo manual con un status social ínfimo—todavía subsiste, de tal modo que las industrias agrícolas de la región se ven paralizadas como consecuencia de la preferencia que los trabajadores muestran por trabajos "respetables", "de cuello blanco".⁶ Debido a que las instituciones oficiales han hecho muy poco por encauzar la capacidad de las gentes para fines de carácter social, las masas se han inclinado hacia sectas como la de los "exclamantes" o los "rastafaris" que les conforten en su desconsuelo. Extremos de riqueza y pobreza han producido, usando una frase de Platón, no una sociedad sino dos, para que así en cada isla sea posible pasar, casi sin transición, de la elegancia propia de una estancia georgiana a la fealdad de un barrio de chozas. Las casas ochocentistas de Savana, en Puerto España, y las mansiones señoriales de Barbados revelan gusto y elegancia, pero un gusto y una elegancia que se reservan para los pocos; tampoco se ha desarrollado, hasta la fecha, una amplia clase media local que esté en condiciones de cruzar el abismo entre las dos sociedades y llegar a ser, en palabras de Aristóteles, la salvación del

⁶ Simon Rottenberg y Nora Siffleet, *Report on Unemployment in the Presidency of Antigua* (Antigua, Leeward: Departamento del Trabajo, 1951), págs. 9-10.

Estado. Como resultado, el proletariado de las Indias Occidentales ha sido arrastrado hacia las tabernas y los hipódromos, como lugares donde refugiarse, y, de este modo, ha adquirido hábitos personales y sociales que ni aun el prestigio victoriano de las iglesias ha sido capaz de romper. Ha tenido poca oportunidad de ver o gozar las bellezas de toda su región, ya que el viajar se ha reservado para las clases ricas y para los funcionarios, mientras que la migración de la clase obrera ha sido siempre en busca de trabajo y no de placer. El trabajador promedio de las Indias Occidentales, como los miembros de la Comisión Moyne notaron, ha permanecido, en verdad, confinado más estrictamente a su propia isla que atado estaba a su parroquia el trabajador inglés en la etapa más rígida de las Leyes de Asentamiento y, de este hecho, resulta el sentimiento de amarga frustración que el viajero percibe, especialmente entre los jóvenes con ánimo aventurero. Debido a que se ha hecho tan poco para elevar los niveles de vida del pueblo (no deja de ser una coincidencia irónica que el establecimiento de planes y fondos para el desarrollo de la seguridad social de las colonias tuviese justamente lugar en 1940, cuando más necesitado estaba el Gobierno británico de la ayuda de los pueblos coloniales), la atmósfera social que se respira en muchas de las islas es una atmósfera de deprimente apatía que acepta la ausencia de esperanzas en una vida mejor casi más como un ley de carácter social que como resultado de una determinada estructura social. Ciudades como Castries, Santa Lucía, Kingstown, San Vicente, no son sino pequeños y pretenciosos centros comerciales, controlados por comerciantes y mercaderes y, si donde permanecemos durante algún tiempo es en una sociedad decadente tal como la de Antigua, sentiremos el letargo capaz de devorar a toda una comunidad cuando se ha perdido el sentimiento de la esperanza. El juego y la prostitución, en tales condiciones, llegan a convertirse en válvulas de escape para los solitarios, los frustrados y los indolentes. "Es fácil condenar, y uno siente pena al hacerlo, la futilidad de tal despilfarro —leemos en el Informe Moyne— pero no hay más remedio que reconocer que es resultado lógico de la natural necesidad de excitantes que deben sentir quienes gozan de pocas diversiones, y una manifestación de ese soñar con dinero llovido del cielo que tan frecuentemente atrae a aquellos cuyos mejores esfuerzos para crearse una situación económica desahogada fracasaron".⁷ El factor sexual de la vida adquiere, a su vez, una exagerada importancia; por algo el *calipso* de Trinidad es, en el mejor de los casos, una vigorosa mezcla de sátira social y de imaginación obscena. Sociedades is-

⁷ *Report. West Indian Royal Commission Cmd. 6607* (Londres: HMSO, 1945), pág. 34, párr. 13.

leñas que pudiendo haber sido, por sus prodigiosos dones naturales, de los lugares más bellos del mundo, se han convertido en informes masas de pobreza y miseria tropicales que, desde hace poco, van dándose gradualmente cuenta del gran abismo que separa la realidad y la leyenda de las Indias Occidentales y tratan de hacer algo que ayude a cruzar el abismo.

En gran medida, por supuesto, todo ello es una herencia de la historia de las Indias Occidentales. No es exagerado afirmar que el actual descontento de la región data de la histórica transformación operada, como consecuencia de la Emancipación y el libre cambio, en el siglo diecinueve. La Emancipación destruyó la base esclavista de la economía colonial, mientras que el libre cambio privó a los colonos de la posición privilegiada de que habían gozado, durante dos siglos, en el mercado mundial del azúcar. Tales cambios exigían nada menos que una renovación en la psicología con que enfrentarse al desafío de una nueva sociedad, pero ni las clases locales dirigentes, ni, a largo plazo, el Ministerio de Colonias, mostraron estar listos a aceptar tal transformación, o darse cuenta de la tarea que tenían por delante. Ya que si, por un lado, gobernadores capaces, como el Gobernador Harris, y funcionarios coloniales con imaginación, como el gran Sir James Stephen, la percibieron, sus esfuerzos se frustraron por efecto del liberalismo manchesteriano, fácilmente inclinado a suponer que el sistema de libre contratación transformaría automáticamente a los esclavos liberados en obreros activos; mientras, que por otro lado, ninguna clase social en las islas produjo líderes capaces de hacer frente a la crisis con visión política. El libro del señor Curtin acerca del período posterior a la Emancipación, titulado *Two Jamaicas*, muestra cómo la mutua desconfianza entre blancos y negros desarraigados perpetuó la desarmonía en una sociedad en la cual quizá sólo los mestizos se sentían verdaderamente en su casa. Los esclavos liberados, como reacción a la antigua explotación, reincidieron en hábitos de trabajo que no eran difíciles de ser denunciados por los blancos como muestra de la pereza negroide. Los patronos, a su vez, utilizaban su todavía intacto poder para sabotear el ascenso social del nativo valiéndose para ello de la importación de trabajadores contratados en las Indias Orientales. Se hizo muy poco para despertar en los campesinos la creencia de que las instituciones gubernamentales existían para su beneficio; la abdicación, por ejemplo, por parte del Estado de sus responsabilidades educativas, fue compensada sólo por el trabajo llevado a cabo por las iglesias cristianas, lo cual explica el gran respeto de que todavía goza el clero en la sociedad de las Indias Occidentales. La clase gobernante inglesa estableció en la administración colonial, es verdad, modelos

de dedicación e incorruptibilidad que serán de valor incalculable para el nuevo gobierno federal; ni siquiera un gobernador como Eyre alcanzó las dimensiones de un Warren Hastings. Pero, como clase, siempre permanecieron distanciados de aquéllos a quienes gobernaban. No se convirtieron en parte integral de la vida local, como hicieron los franceses en Martinica o los españoles en Cuba. Despertaron respeto, pero no afecto. Resultado final de todo ello ha sido, y todavía lo es en gran medida, la ausencia de modos viables para la reconstrucción de la vida en las Indias Occidentales siguiendo líneas democráticas. El bien conocido comentario hecho por Lord Harris en 1848 —“el problema es ahora éste: se ha liberado una raza, pero no se ha creado una sociedad”— continúa siendo un desafío a los líderes de las Indias Occidentales. Puede haber poca duda de que la tarea principal de la nueva Federación será el formular alguna gran respuesta a ese desafío. La única justificación para establecer la complicada y costosa maquinaria que se considera necesaria para sostener la rutina federal en una sociedad tan pobre es, como ha señalado un competente observador de las Indias Occidentales, que tenga algo que ofrecer para enfrentarse con los problemas básicos de la sociedad de las Indias Occidentales.⁸

No existe duda alguna en cuanto a cuáles sean esos problemas. Existe, en primer lugar, la necesidad de un audaz programa de planificación económica con que hacer frente a los problemas del monocultivo, el sistema de propiedad fundiaria, la conservación de los suelos, la migración y, quizá el más importante, la industrialización. Existe, en segundo lugar, la necesidad de resolver la notoria desintegración y desarmonía existente en el conjunto de la sociedad de las Indias Occidentales y que es producto de su estructura racial y clasista, porque nada resulta más deprimente, aun para el visitante de paso, como la desagradable agresividad, tan característica de la personalidad del Caribe británico, que se manifiesta entre clase y clase, individuo e individuo, blanco y negro, oriundo de las Indias Orientales y mestizo. Existe, finalmente, como reconocimiento de una nueva fase en la historia del Caribe, la necesidad de alentar el crecimiento de una nueva conciencia colectiva en la India Occidental que termine por desprenderse del yugo que la ataba a un concepto indo-occidental de cultura británica, el cual pertenece ya a un pasado victoriano irreversible. La tarea es, sin lugar a dudas, enorme. Potentes intereses creados, fuerzas sociales y psicológicas poderosas, se interponen en su camino. Grupos financieros como los de las compañías petrolíferas de Trinidad han mostrado, hasta ahora, poco interés por el bienestar de sus trabajadores y, cuando gran parte de la literatura sobre la economía de las

⁸ Charles Archibald, *The Clarion* (Puerto España, Trinidad, BWI: marzo 31, 1956.

Indias Occidentales subraya la crudeza e irresponsabilidad de sus típicos líderes sindicales, tales como Gairy en Grenada y Bustamante, anteriormente, en Jamaica, se olvida con demasiada frecuencia que dichas cualidades eran, quizá, la reacción lógica ante un capitalismo como el azucarero, cuyos propietarios y administradores no han renunciado jamás seriamente al complejo del amo blanco y el negro trabajador. Todavía consideraban al trabajador—como atestiguan las aldeas petroleras de la Trinidad del sur— como objetos que debían ser tratados, en cuanto fuera posible, siguiendo el dicho de un viejo colono que vivió en Antigua hace un siglo: "Cuanto peor te portes con un negro, mejor se portará él contigo".⁹ El arte de combinar la esclavitud con las virtudes de la civilización es un arte greco-romano que el colono de las Indias Occidentales jamás aprendió, y la herencia de esta incapacidad pesa todavía, aunque quizá sólo de un modo subconsciente, sobre sus descendientes. Nunca se ha estimulado al trabajador de las Indias Occidentales a considerar las instituciones sociales, el gobierno, los tribunales de justicia y los consejos municipales como instituciones propiamente suyas, que actúan en defensa de sus intereses. Un resultado de ese modo de ver las cosas se traduce en una actitud general hacia el gobierno consistente en considerarlo, o bien como un odioso organismo dedicado a la recaudación de impuestos, o bien como un mecanismo generoso del que pueden obtenerse prebendas. Lo cual explica, a su vez, por qué muchos movimientos radicales de la región han subrayado el carácter fundamentalmente distributivo del Estado, y por qué—de acuerdo con las conclusiones obtenidas por el Profesor Simey en su valioso estudio— la historia de los planes de seguridad social en el Caribe se limita a la adopción de medidas paliativas tales como la organización de servicios a la juventud o de programas de bienestar moral, y no se han abordado los problemas fundamentales del desarrollo económico y la planificación urbana.¹⁰ Es significativo a este respecto que las amplias recomendaciones hechas por el Comisionado Fiscal en su Informe sobre un plan efectivo de recaudación de impuestos para el nuevo gobierno federal, basándose en el hecho comprobado del continuo desarrollo que ha ido haciendo el campo contributivo desde que se establecieron los sistemas federales más antiguos, como el norteamericano y el canadiense, fueron derrotadas en la Conferencia de Londres con el mezquino argumento de evitar que la nueva organización fuese identificada por la opinión pública de las Indias Occidentales con un

⁹ Citado en *Antigua and Antiguans* [Anónimo] 2 vols. (Londres: Saunders and Otley, 1844). Para las presentes condiciones, véase *General Industrial Conditions and Labor Relations in Trinidad*, Informe por F. W. Dalley, C. B. E. (Puerto España, Trinidad: C. B. E. Imprenta del Gobierno, 1954), pág. 20-25.

¹⁰ T. S. Simey, *Welfare and Planning in the West Indies* (Oxford: Clarendon Press, 1947), pág. 228.

aumento sobre la carga contributiva de los ciudadanos. Cualquier intento serio de reconstrucción del Caribe exigirá cambios revolucionarios en el concepto popular del gobierno. Deberá considerarse al estado político como un factor necesario y activo para el diseño de una nueva vida, entre cuyos objetivos se contará la ampliación de los procesos productivos de toda la región y el crecimiento de un nuevo sentido de responsabilidad social, que lo convertirá, en palabras de Sir Frank Stockdale, en el "resultado lógico de una común ciudadanía".¹¹ La aventura de la federación no se justificaría con menos.

Aún más. Se ha considerado a las Indias Occidentales, durante la mayor parte de su historia, tanto por gobernantes como por gobernados, como enclaves en territorio extranjero, pero irrenunciablemente ingleses. Desde sus orígenes, una anglofilia insistente impuso a la sociedad normas de conducta bastante inadecuadas a sus diferentes condiciones étnicas y sociales. Con la decadencia de los "barones" del azúcar, las clases media y alta nativas asumieron gustosamente el papel de servir de vehículo de ese proceso artificial de asimilación cultural. Nada resulta tan cómico como los conflictos e incertidumbre engendrados por sus complejos victorianos. Su arquitectura religiosa es una curiosa muestra híbrida que el Sr. Patrick Fermor ha catalogado como estilo "gótico tropical". El sistema educativo ha calcado modelos ingleses hace tiempo olvidados en el Reino Unido, siendo el resultado que los estudiantes de las Indias Occidentales unen, de modo incongruente, un conocimiento formal de la historia inglesa a una alarmante ignorancia de su propia historia regional. Este hecho significa, en el nivel de la escuela elemental, un sistema ilógico y ruinoso puesto que va dirigido, en un país predominantemente agrícola, a formar a los alumnos para el desempeño de carreras de "cuello blanco", cuando para ellos, desgraciadamente, no hay muchas oportunidades, mientras que, en el nivel de la educación superior, ha producido el desajuste que, sin duda, siente el becario enviado a Oxford cuando regresa a las Indias Occidentales. Hace casi un siglo que Trollope señaló las deficiencias que se derivan de tal género de educación para las damitas de la sociedad de color de las Indias Occidentales. "Aman con todas sus fuerzas el esplendor—observa nuestro autor—correr por el piano sus ágiles y ruidosos dedos, bailar con destreza, lo cual todas lo hacen, ya que tienen buenos tipos y oído fino; conocer y exhibir los pequeños trucos y gracias de las damas inglesas, según éstos son aprendidos entre los quince y diecisiete años en Ealing, Clapham y Hornsey".¹² Con alguna diferencia, la misma respetabilidad caracteriza a los ideales

¹¹ *Ibid.*, pág. 161.

¹² Anthony Trollope, *The West Indies and the Spanish Main* (Londres: Chapman and Hall, 1860), págs. 87-88.

apropiados por la clase media de hoy en las Indias Occidentales, para cuyos miembros los símbolos del éxito social son los mismos que los de la cultura competitiva metropolitana: automóvil, radio, nevera y una casa residencial que, a menudo, resulta de lo más inadecuado para el clima tropical. También a menudo, las mujeres visten, en las Indias Occidentales, de modo igualmente impropio, y—como un viajero norteamericano señaló— resulta tan penosa la falta de gracia en el vestir que, por contraste, la aparición de una mujer de Martinica vestida a la manera nativa sería como un fogonazo en la oscuridad.¹³ La cocina local, salvo el carácter exótico del tipo de comida de las Indias Orientales que se encuentra en Trinidad y la Guayana británica, es un eco colonial de la cocina inglesa. El *cricket* ha sido adoptado con tal ardor como el juego nacional que el modo más efectivo de que un negro obtenga aceptación social es, a menudo, alcanzando categoría de jugador de campeonato. Se ha tomado a Inglaterra como modelo, sin tener en cuenta si sus modos de vida son aplicables a las condiciones locales; por eso, no es sorprendente que, como resultado, se exageren aquellas normas que prueban ser inadecuadas para preparar a los emigrantes indígenas para hacer frente, por ejemplo, a un prejuicio de color contra ellos de no escasas proporciones;¹⁴ o se traduce en esfuerzos para “depurar” las diversiones populares nativas, como el carnaval de Trinidad, o para eliminar la extensa costumbre del concubinato entre las clases bajas, sin darse cuenta que éste es un problema no tanto de inmoralidad consciente como un sistema de valores de la cultura local que se basa en expectativas irreconciliables con la ética puritana. Los maestros y políticos de la clase media han tratado de levantar a su pueblo imponiéndole los ideales de respetabilidad propios de una clase media victoriana sobre los que ellos mismos se encuentran en precario equilibrio; a su vez, éstos se han visto estimulados por los administradores coloniales ingleses quienes dieron por supuesto que cualquier problema colonial podía ser resuelto por una mejor comprensión del modo de vida británico. De esta forma, como observó un escritor jamaicano, aristócratas y campesinos se han encontrado fatalmente separados por los ideales de la clase media. “En Jamaica—señala el autor—, ideales de segunda mano, tomados prestados de su común enemigo, se alzan entre ellos como una espada. El político y el administrador de clase media (tanto inglés como jamaicano) ha vendido a los jamaicanos los ideales de la botánica francesa, del matrimonio monogámico-patriarcal de tipo victoriano y de los radios, y les han persuadido de que el horror que siente el aristócrata por tales pequeñeces no es sino una

¹³ Franck, *op. cit.*, pág. 356.

¹⁴ Clarence Senior y Douglas Manley, *Jamaican Migration to the United Kingdom*, (Kingston, Jamaica: Imprenta del Gobierno, 1855).

astuta trama para conservarlos encadenados a la servidumbre. En efecto él fue quien, sembrando inteligentemente la desconfianza, separó al campesino del único hombre que podría ayudarle y comprenderle, y gracias a esta división obtuvo la victoria (aunque pírrica) para el victorianismo, la respetabilidad y la sociedad pseudo-industrial".¹⁵

Finalmente, todo ello se ha envenenado con los terribles complejos de una psicología de color que se manifiestan en la vida de las Indias Occidentales. Toda ella se resiente de la herencia de la esclavitud que pesa, como espada de Damocles, sobre todas las facetas de las relaciones interpersonales. Es cierto que las barreras existentes entre los blancos y las demás razas no se han transformado, como ha ocurrido en otras áreas coloniales, en rígidas fronteras de castas, e igualmente cierto que, debido a su fortaleza puramente numérica, el negro indo-occidental está raramente dispuesto a aceptar de buen grado la discriminación; en su mundo hay pocos Tíos Toms. He aquí la razón por la cual en Harlem se considera al elemento indo-occidental como el más agresivo de los organizadores negros; habría que escribir un libro sobre la influencia de Harlem en los movimientos políticos de las Indias Occidentales. La enfermedad racista adopta formas distintas y más sutiles. Existe un sistema de valores que subraya el color de la piel y la filiación étnica como símbolos del status social, símbolos que han sido adoptados de la clase blanca alta. Un sistema de estratificación social que estimula, mejor compele, una enorme y desproporcionada cantidad de esfuerzo y creación personales a la búsqueda de aceptación de parte de los grupos superiores blancos o de piel clara. La búsqueda se revela en una diversidad de fenómenos: la importancia de tener piel clara en la elección de esposa, especialmente para el profesional de piel oscura; la discriminación, incluso dentro de la familia, contra los niños de "mal" color; la popularidad de los salones de belleza especializados en el tratamiento de "buen pelo"; la suspicacia de los "morenos" dentro de los propios grupos de color; la discriminación organizada en los *clubs* sociales que proliferan en la vida urbana de las Indias Occidentales; los métodos preferentes de empleo que determinan que los puestos en tiendas, oficinas y bancos casi los monopolicen las muchachas de tez clara; su preocupación por un inglés "adecuado"; y el desarrollo —quizá sea esto lo más significativo— de actividades sustitutivas capaces de mitigar en el negro indo-occidental "la desgracia de ser negro".¹⁶ La vida social de la Casa del Gobierno adquiere simbólica importancia, ya que una invitación oficial se convierte en un reconocimiento de prestigio social, a la vez que el papel

¹⁵ Thomas Wright, *The Daily Gleaner* (Kingston, Jamaica, BWI: julio 1955).

¹⁶ Lloyd Braithwaite, "Social Stratification in Trinidad: A Preliminary Analysis", *Social and Economic Studies*, Vol. II, Núms. 2 y 3 (octubre 1953), pág. 123.

desempeñado por el Gobernador como distribuidor de los "honores" procedentes de Londres agrava lo delicado de su posición; vale la pena señalar que aunque la indo-occidentalización de la Administración ha ido lejos se han conferido muy pocas prebendas a ciudadanos indo-occidentales de piel oscura. El sector de las diversiones sociales se convierte en un campo de batalla del color. Una buena muestra de ingeniosa discriminación la tenemos en Barbados con el sistema de *clubs* de "propietarios". En Trinidad se elige invariablemente, como Reina de su Carnaval, a la muchacha que teniendo un aspecto presentable, vaya más ostentosamente vestida y sea de tez clara.¹⁷ El Sr. Len Hutton ha expresado su alarma ante la supuesta disminución de participantes blancos en las competiciones de *cricket*.¹⁸ El fomento del turismo en la región dará lugar, a no ser que los gobiernos lo impidan mostrando una decidida actitud, como se ha hecho en Puerto Rico, a la existencia de lujosos hoteles que practiquen una discriminación total, como ocurre en las Bahamas. La amargura, la frustración, el *chauvinismo* empapan la personalidad de muchos seres. Se halla tan diseminado como mecanismo de defensa una especie de individualismo agresivo que casi ha llegado a convertirse en parte esencial del carácter de estas gentes. La energía y el talento que debían dedicarse a un esfuerzo social positivo y creador, se malgastan en las contiendas personales de aquellos hombres y mujeres a quienes todo lo que hay en su sociedad les ha enseñado a sentirse medio avergonzados de su color. Por si fuera poco, todo ello se da dentro de los estrechos límites de sociedades geográficamente pequeñas, de modo que la psicología propia de quienes se sienten enclaustrados en la sociedad echa más fuego al complejo de inferioridad racial; consecuentemente, vivir en cualquier isla de las Indias Occidentales durante algún tiempo supone sentir las tensiones de una especie de rivalidad entre Capuletos y Montescos de cualquier ciudad-estado de la Italia medieval.

Esto es trágico. Sociedades como las de Trinidad y la Guayana británica, que podían haber sido centros de un cosmopolitanismo ecléctico y encantador, se han despedazado debido a las suspicacias y temores entre razas y grupos sociales. La tarea que en el futuro deberán abordar los estadistas de las Indias Occidentales consistirá en conducir a sus pueblos a formas más saludables de cooperación comunal, fundadas sobre la existencia de una sociedad multicolor —como es el caso en el Brasil de hoy— liberada del complejo blanco. "El saldo en refinamiento, normas morales, educación y energía —escribió el Gobernador Smith de Barbados al Ministerio de Colonias en 1833— es general-

¹⁷ *The Clarion* (Puerto España, Trinidad, BWI: 11 febrero, 1956).

¹⁸ Len Hutton, *The Len Hutton Story*. Citado en *The Clarion* (Puerto España, Trinidad, 31 marzo, 1956).

mente favorable a morenos y negros, y apenas si cuentan los blancos en su haber con otra cosa que los viejos derechos y prejuicios sobre los que mantener su postura egoísta en contra de sus propios hermanos".¹⁹ Si adoptan este punto de vista, las personas de las Indias Occidentales aprenderán a mantenerse firmes en la orgullosa afirmación de su propia y singular historia y cultura. Adquirirán una conciencia indo-occidental que tratará, a la vez que mantiene lo mejor de la tradición británica, de reafirmarla en su versión indo-occidental, no en términos copiados de Inglaterra. Una autobiografía indo-occidental como *In the Castle of My Skin*, de George Lamming, es expresión de ese nuevo tipo de conciencia. Si bien es verdad que la Administración Colonial ha ofrecido a las Indias Occidentales un buen servicio, como modelo de honestidad política y de administración pública, no lo es menos el hecho de que Inglaterra, en conjunto, no ha mirado con simpatía las más amplias posibilidades de la región. Con la marcha de los primeros reformadores, como Taylor y Stephen, la administración colonial mereció la acritud de John Bright, quien mofándose de ella dijo que era un gigantesco sistema de beneficencia exterior para la aristocracia de la Gran Bretaña; ni el liberalismo de Bentham, ni el socialismo fabiano hicieron mucho para interesarse con los problemas del imperio. En tanto que los fabianos —como mostró un famoso folleto escrito por Bernard Shaw en la época de la guerra del Transvaal— dieron por supuesta la permanencia de los lazos imperiales, sus antecesores liberales incurrieron muy frecuentemente en la falacia de identificar la condición servil de los nativos coloniales con la prueba de su inferioridad racial. El rencor de Carlyle sobre "el problema de la negra", el paternalismo ingenuo de Trollope, la negrofobia sañuda de Froude, siendo este último en realidad un ataque disfrazado sobre la extensión de la autonomía local en la metrópoli,²⁰ identificaron, todos, la ideología liberal con el dogma de la supremacía blanca, una ecuación que incluso fue aceptada por un espíritu tan humano como el de Jefferson.²¹ Su liberalismo tiene que ser ahora reafirmado en términos, en primer lugar, políticos, de modo que la doctrina de los derechos trascienda por fin la barrera del color, y, en segundo lugar, económicos, puesto que es un hecho histórico, como demuestra la historia de la Emancipación, que la elevación moral del negro sólo puede producirse cuando vaya al paso de las fuerzas económicas que den apoyo material

¹⁹ Citado en *Documents on British West Indian History, 1807-1833*, por Eric Williams (Historical Society of Trinidad and Tobago, Puerto España, Trinidad: Trinidad Publishing Co., 1955), pág. 222.

²⁰ C. S. Salmon, *The Caribbean Confederation. A Plan for the Union of the Fifteen British West Indian Colonies* (Londres: Cassell and Co. Ltd., págs. 6-7).

²¹ Eric Williams, *The Historical Background of Race Relations in the Caribbean*, Public Affairs Pamphlets Núm. 3 (Puerto España, Trinidad, 1955) págs. 25-26.

a sus demandas. Lo cual requerirá que el pueblo británico, sin distinción de clases, se dé cuenta de que su Estado Providencia no puede retener su posición privilegiada, ahora que las revoluciones nacionalistas de los territorios coloniales han comenzado a minar la estructura económica sobre la cual se ha basado, durante dos siglos, su nivel de vida. Aún más, requerirá la aceptación del hecho de que con la entrada en la Comunidad de sociedades tales como la India y, posiblemente más tarde, la Federación del Caribe, la composición étnica de esa histórica institución empezará a reflejar la creciente importancia de los pueblos extra-europeos en el mundo moderno. La nueva Federación suministra el instrumento para lograr los primeros avances a lo largo de esas direcciones. Sólo queda por esperar que los hombres de Estado de las Indias Occidentales terminen la tarea.

III

Disraeli definió al gobierno parlamentario como un gobierno de partidos. Desde 1945, los territorios coloniales vienen luchando con las implicaciones de este axioma. Al encontrarse de la noche a la mañana con instituciones representativas, se han visto obligados a reexaminar los problemas de los principios y de la organización de partidos. La crisis constitucional de 1953 de la Guayana británica reveló cómo la inexistencia de partidos de naturaleza política, dispuestos a encararse con las tareas de gobierno cuando llegan las reformas, puede dar lugar a desagradables resultados. El cuadro de los partidos políticos indo-occidentales adquiere, por tal razón, una considerable importancia cuando se trata de analizar el desarrollo federal.

La evidente inmadurez de que adolece el sistema de partidos en esta área no es difícil de explicar. El sistema de gobierno colonial de la Corona hizo muy poco por estimular hábitos responsables en el liderazgo político local. Los miembros electos del Consejo legislativo no participan en la responsabilidad del gobierno. Su voto, aun siendo unánime, podía siempre ser anulado por los poderes omnímodos del Gobernador. A su vez, una inteligencia entre los miembros por nombramiento y los funcionarios *ex officio* podía anular la voluntad mayoritaria de la asamblea. La presencia de funcionarios en la asamblea producía el pernicioso efecto de inhibir en su actuación parlamentaria a los miembros por elección, ya que aquéllos cargaban con la tarea de presentar y defender proyectos de ley, lo cual no quiere decir, se nos informa, que un acurado debate entre un político local experimentado y un funcionario resultase siempre espectáculo edificante. Por otra

parte, el sistema de miembros designados por nombramiento contribuía a debilitar todavía más la idea de partido; ya que hombres que se sentían seguros en el disfrute del cargo asignado no se mostrarían dispuestos a arriesgar todo a la carta azarosa de un partido que les apoyase. Todo ello condujo a una fatal separación entre poder y responsabilidad, con la lógica consecuencia de que, al ver que el prestigio de las decisiones descansaba en los otros, el líder político cultivó el arte de una oposición irresponsable, dando lugar a que personajes que a menudo no contaban con otra cosa que la retórica viesan acrecer su popularidad por medio de fáciles llamadas al prejuicio existente contra el "colonialismo". Todo esto no sólo tiene un interés histórico. Jamaica, una de las islas más desarrolladas en el aspecto constitucional, sólo desde 1953 goza de un sistema ministerial completamente desarrollado que abona el terreno para el fortalecimiento de una legislatura de carácter parlamentario y de un ejecutivo de carácter colectivo, mientras que a la mayor parte de las demás islas aún les queda mucho para alcanzar la total autonomía interna. Podemos señalar, por ejemplo, que la nueva Constitución de Trinidad de 1956 todavía mantiene en el Consejo a miembros por nombramiento y a funcionarios, de tal modo que bastaría que seis miembros se pusieren de acuerdo para la elección del Ministro y del *Deputy-Speaker* para que pudieran controlar, al viejo estilo, la maquinaria del gobierno. Como resultado en las Indias Occidentales, el político que ha triunfado ha sido el demagogo retórico, dispuesto a explotar los llamamientos al sentimiento nacionalista públicamente y que sólo colabora a escondidas con la Casa del Gobierno por miedo a perder su papel de "personaje" colonial. Debido a que apenas existe gobierno de partidos tiende a convertirse en el individualista irresponsable, el socialista antisocial, el líder sindical sin escrúpulos que maneja un "aparato" sindical inmaduro, como es el caso de un David Boyuer en el libro del Sr. Waugh, *Island in the Sun*, quien utiliza el poder que tiene sobre obreros y campesinos ignorantes para lograr ventajas personales que a veces terminan por la obtención de un puesto —ya en pleno conservadurismo colonial— en la "Lista de Condecoraciones con Motivo del Cumpleaños". La historia del Sr. Bustamante nos prueba cuán fácilmente puede ser domado el león indooccidental por el manejo juicioso de los "honoros".

Otros factores de la vida de la región tienen que ver con la anarquía del sistema de partidos. A pesar de que la mayor parte de los líderes políticos afamados hayan sido capaces de formar alianzas de partidos y sindicatos, el hecho no significa, como en la Gran Bretaña, una unión saludable de fuerzas económicas y políticas, sino, por el contrario, el control personal por un "zar" sindical de sindicatos inma-

duros, por lo cual la política sindical se parece, a menudo, al retrato que Dickens hace en *Hard Times* de la época victoriana; Uriah Butler como promotor que emplea a obreros irresponsables y violentos para progresar en su carrera mesiánica se asemeja mucho al personaje Slackbridge de esa novela.²² El complejo de clase y de color actúa, además, como impedimento para el crecimiento de partidos responsables en el ala conservadora, ya que la clase media blanca, sobre la que lógicamente deberían apoyarse, se ve atrapada entre la mayoría de color por un lado y la *élite* colonial inglesa, por el otro. Como resultado, a un candidato blanco le resulta prácticamente imposible asegurar su elección en cualquier parte, del mismo modo que los partidos a los que se identifica con el blanco y el patrono, como la desaparecida "Asociación de Electores" en Barbados, se desploman con rapidez fatal. Ha sido difícil forjar cualquier clase de unión digna de confianza entre la clase media y los obreros, debido a que muchos líderes de la clase media en el pasado se interesaron por los trabajadores no tanto movidos por una verdadera simpatía por las quejas de las clases obreras, como por el deseo de explotarlos en beneficio de sus vindicaciones personales en su lucha contra la *élite*, por la cual se habían sentido odiados y despreciados; uno de los mayores méritos del Sr. Manley en Jamaica ha consistido en la victoria conseguida por su socialismo moral al superar ese mal. Las animosidades raciales en estas regiones multirraciales dan lugar, finalmente, a hábitos localistas, con todos los vicios consiguientes, y así líderes como el Sr. Maraj, en Trinidad, prosperan usando como armas el miedo entre las distintas comunidades. La única luz que brilla en el horizonte, por lo que a este problema se refiere, está representada por el éxito del Partido Progresista del Pueblo de la Guayana Británica en unir en un grupo a los trabajadores indo-orientales de las estancias con los africanos de Georgetown, y no hay que olvidar que puede tratarse de la excepción que confirma la regla. Es cierto que empieza a crecer una nueva generación, como la que la intelectualidad caribe-criolla ha producido en Honduras Británica al dar a luz jóvenes líderes idealistas como Richardson y Goldson, que podría reemplazar a la vieja estirpe de políticos indo-occidentales con un nuevo modo de hacer basado sobre el sistema británico de partidos. Es igualmente cierto que el sueño alimentado por intelectuales cualificados del tipo del Dr. Eric Williams por un sistema de partidos políticos copiado del modelo propuesto por Burke ha encontrado ya su expresión institucional en el Partido Nacional del Pueblo de Jamaica, y éste es el ideal a seguir. Además, la notable victoria de su propio partido político en las elecciones de Trinidad del 1956, augura el fin del culto

²² *Dalley Report, op. cit.,* párr. 99.

de la independencia en la política de Trinidad y el principio de un sistema de partidos que encuentra particular respaldo entre la clase media, para quien la política es ahora una expresión aceptable de responsabilidad cívica. Aun así, Trinidad ha de esperar largo tiempo antes de que los defectos notorios que la "Capital Site Commission" le señaló en su contencioso informe de 1957 cedan ante el avance de las nuevas reformas.²³

El reto a la Federación está claro. Para su funcionamiento adecuado requiere partidos y, con éstos, un liderazgo capaz de superar los límites del parroquialismo insular. Un gobierno federal necesita una política federal. Esta verdad fue subrayada por Adam Smith en un penetrante pasaje contenido en el famoso capítulo que dedica, en su gran obra, a la riqueza económica de las colonias. Percibió que su plan, en el cual proponía la incorporación de representantes coloniales al Parlamento imperial, les abriría nuevos horizontes para la especulación y la acción. "En vez —escribe— de perder el tiempo con los pequeños premios que salen en lo que pudiéramos llamar la mísera rifa de la disensión colonial, podrían en cambio aspirar, basándose en la confianza que los hombres naturalmente tienen en su propia capacidad y buena suerte, a que les toque algunos de los grandes premios que a veces salen de la gran lotería estatal de la política británica".²⁴ El subsiguiente desarrollo constitucional del imperio, salvo las singulares excepciones de Malta e Irlanda del Norte, se ha alejado del proyecto smithniano de la incorporación y se ha movido hacia el status de dominio. Sus comentarios son aplicables igualmente, y con especial relevancia, al nuevo experimento de las Indias Occidentales. Ofrece a partidos y políticos indo-occidentales un escenario mayor y más noble donde moverse. El gobierno federado prevé la federación gradual de los servicios públicos existentes y el establecimiento de un servicio civil federal junto a las nuevas instituciones políticas federativas, Sir Hilary Blood ha subrayado la importancia de una Comisión de Servicio Público organizada sobre una base funcional que escape al espíritu de representación localista.²⁵ Prevé, igualmente, un Senado designado por nombramiento, principalmente a causa que una segunda cámara de este tipo podría convertirse en la mejor plataforma federal para hombres públicos de experiencia que de otro modo no estarían dispuestos a servir.²⁶ El

²³ Eric Williams, *Constitution Reform in Trinidad and Tobago*, Public Affairs Pamphlets Núm. 4, *passim* (Puerto España, Trinidad, 1955). *Report of the British Caribbean Federal Capital Commission*, Colonial Núm. 328 (Londres: HMSO, 1956), 48 págs.

²⁴ Adam Smith, *The Wealth of Nations*. Every Man's Library edition; Dent. Vol. II, págs. 118-119.

²⁵ *Report of the Civil Service Commissioner, op. cit.*, pág. 141-145.

²⁶ *British Caribbean Standing Closer Association Committee Report*, pág. 60.

cargo de Primer Ministro federal da por supuesta la doctrina de un gabinete de responsabilidad colectiva y la existencia de una mayoría parlamentaria, encabezada por él, en el Consejo Ejecutivo del Estado.²⁷ Pese a esto es difícil imaginarse cómo cualquiera de estos cargos y funciones pueden ejercerse adecuadamente sin el impulso de partidos políticos organizados. El federalismo, casi por naturaleza, favorece la creación de fuerzas centrífugas, demostrándonos la historia que todo sistema federal ha tenido que recurrir a partidos de ámbito nacional como la más segura garantía contra la disolución. Basta echar una ojeada a los comentarios políticos de cualquier periódico publicado en las Indias Occidentales para darse cuenta de que aún queda mucho camino por andar antes de que esa verdad sea aceptada y puesta en práctica. Muchos de ellos dan por sentado que el gobierno federal no será muy distinto a una especie de Organización de las Naciones Unidas, completada con el veto, donde no se puede hacer nada importante si no es con el apoyo de la opinión pública y donde los grupos existentes en la Legislatura votarían estrictamente siguiendo los intereses insulares. Muchas de las colonias mantienen todavía, sin duda, ese criterio, y quizás no sea sólo la Guayana la que tenga el temor de que ser miembro de una federación signifique impuestos adicionales y el desparramamiento de la pobreza indo-occidental en una particular colonia que se verá invadida por los desempleados que acuden del exterior.²⁸ La propia Conferencia de Londres dio pruebas de esta tendencia centrífuga ya que nada podría haber puesto más dramáticamente de manifiesto la falta de objetivos comunes como el fracaso en que incurrieron los gobiernos territoriales, en sus esfuerzos por convocar una reunión previa a la conferencia entre ellos mismos en el Caribe, antes de enviar sus delegados a Londres. Aún más, al fracasar la Conferencia en el intento de llegar a un acuerdo amistoso sobre el delicado problema de la Unión Aduanera federal (la prueba más delicada a que debe someterse cualquier aventura federal) nos mostró ostensiblemente que las disensiones del Caribe son todavía disensiones predominantemente isleñas y no disensiones de partidos; si, por una parte, el fracaso se debió al temor de Trinidad de que su economía fuese afectada por las decisiones que sobre los derechos de importación adoptase un gobierno central, por otra parte, se debió al temor de Jamaica a que un libre cambio puesto en práctica de inmediato pudiese afectar a sus industrias incipientes. Los argumentos presentados por la delegación de Trinidad para justificar el fracaso son poco convincentes, puesto que si bien es cierto que

²⁷ *Ibid.*, párs. 84, 85, 86.

²⁸ *The Daily Chronicle* (Georgetown, Guayana Británica: 31 enero, 1956). Véase también *Hansard, Proceedings and Debates of 8th Legislative Council, Trinidad and Tobago*, 15 de abril 1955. Cols. 1088-1139.

federaciones tan maduras como la australiana o la norteamericana no han podido resolver aún ciertas dificultades sobre el control del comercio inter-estatal, ello no es sino una razón más para que la nueva federación se aprenda bien la lección en vez de tratar de justificar con ese ejemplo sus propios defectos.²⁹ Después de todo, la tendencia que anima a las repúblicas federales es ir hacia un "nuevo federalismo" que incremente los poderes del gobierno nacional para hacer frente al carácter cada vez más nacional de la vida económica e industrial. Lo cual ha significado, en los Estados Unidos de Norteamérica, el desarrollo de una legislación nacional uniforme y dirigida, usando palabras del Juez Roberts del Tribunal Supremo, a reducir los estados a distritos administrativos más que a considerarlos como cuerpos soberanos funcionando en coordinación. Es interesante señalar que una autoridad puertorriqueña recientemente recordó a aquéllos de sus conciudadanos que desean la estadidad norteamericana para ese país, que la esencia de la estadidad ha sufrido tanto desgaste desde 1898 que hoy día los estados individuales se han convertido cada vez más en simples elementos formales de un sistema nacional.³⁰ Si la Federación del Caribe desdeña la importancia que todo esto tiene, si no acierta a comprender que las fuerzas económicas regionales deben ser sustentadas por fuerzas políticas igualmente regionales e igualmente fuertes y que en las sociedades democráticas raramente se constituye un gobierno central fuerte sobre la base de partidos políticos débiles y divididos, entonces no tendrá ninguna garantía de éxito en su aventura, ni siquiera echándole mano a esas metáforas del *cricket* que tan a menudo se aceptan en las asambleas de las Indias Occidentales como argumentos decisivos.

No es esto todo. El método para la libertad es el método de los partidos políticos. Nada que no sea una completa autonomía interna, realizada por partidos de su propia elección, puede satisfacer ahora el espíritu de indo-occidentalismo. Después de todo, las Indias Occidentales cuentan con un buen historial de constitucionalismo; la constitución liberal de Barbados data, de un modo u otro, de 1639. El Profesor MacInnes ha justificado, por ejemplo, las limitaciones de la constitución federal con el viejo argumento de la inmadurez local,³¹ a lo que se puede responder, muy obviamente, que la madurez sólo llega con la experiencia y que, para dar algún ejemplo histórico, el Parlamento inglés de la época de Burke en el que delegó el poder Jorge III

²⁹ *The Trinidad Guardian*, Informe sobre el discurso de Hon. Albert Gomes, 10 de marzo de 1956.

³⁰ Antonio Fernós Isern, en *El Mundo* (San Juan, P. R.) 10 de abril de 1956. Véase también J. Owen Roberts, *The Court and the Constitution* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1951), pág. 63.

³¹ C. M. Mac Innes, *Developments Towards Self-Government in the Caribbean* (La Haya, Bandung: W. Van Hoeve Ltd., 1955), págs. 168.

no era ni más sabio ni más responsable, quizá menos, que lo son hoy las legislaturas coloniales. El método de la gobernaduría liberal no es ya adecuado, pese a la existencia continua de gobernadores de primera clase como Olivier y Foote, por la razón de que la tendencia existente en el cargo de Gobernador en los dominios es hacia una neutralidad constitucional, una tendencia que más tarde o más temprano habrá que adoptar en el caso del cargo del nuevo Gobernador General de la Federación. Tampoco es satisfactoria la idea de un liderazgo público apolítico, algo de lo cual va implícito en el sistema de un Senado designado por nombramiento, como lo prueba el funesto antecedente del Senado de Canadá. La ascensión de los partidos obreros en la región del Caribe, producida durante las dos últimas décadas, muestra la dirección a seguir, la de partidos basados sobre amplias fuerzas sociales y que se alcen sobre las fronteras geográficas y raciales. El impulso que anima la vida indo-occidental, como ha señalado el Sr. Adams, se dirige hacia un gobierno unitario. Su subsiguiente observación acerca de las precauciones que deben adoptarse si no se quiere que, al ubicar la capital federal en Puerto España, la Federación se convierta en un instrumento manejado por la Cámara de Comercio de las Indias Occidentales,³² supone la aceptación del hecho de que la verdadera batalla, a la larga, será la batalla de los intereses sociales agrupados en torno a todos los partidos políticos del Caribe. Tampoco puede insinuarse que falte el material humano que se requiere para ese objetivo. Líderes como Manley, Bird y Adams harían un buen papel en la Cámara de los Comunes. El hecho de que, además, procedan de la creciente clase media profesional es prueba de que ha pasado a la historia aquella época en que se daba por supuesto que las personas dirigentes de una federación debían ser reclutadas entre las clases de los colonos y administradores blancos.³³ Han inyectado ya una nota refrescante en un sistema tan entregado tradicionalmente a la corrupción en pequeña escala que, según palabras del Dr. Eric Williams, había hecho posible que los ministros fuesen y viniesen con gastos pagados como si fuesen rentistas ausentes que girasen visitas rutinarias de inspección a sus haciendas del Caribe. El desarrollo de una disciplina de partido, al modo del Partido Nacional del Pueblo en Jamaica, deberá eliminar lo que envenena la política del Caribe, un individualismo exótico pero indigno de confianza, que ha hecho casi imposible predecir la actitud de los políticos ante los problemas vitales, con la excepción de la referente a salarios más altos y la extensión de autonomía; la aguda frase de que las ideas

³² *Barbados House of Assembly Debates. Official Report.* Sesión 1950-51, Vol. 1234 (Bridgetown, Barbados: 5 de noviembre, 1951).

³³ Hon. C. Gideon Murray, *A Scheme for the Federation of Certain of the West Indian Colonies* (Londres: The West India Committee, 1911), págs. 46-47, 54.

de los políticos indo-occidentales son una extraña combinación de Dios, Marx y el Imperio Británico, tiene su justificación. Sería de desear que un corolario de tal reforma fuese la desaparición de lo que es uno de los rasgos más característicos de la política regional, es decir, la discusión pública de personalidades, que frecuentemente llega a extremos violentos, lo que hace pensar que los altercados políticos se han convertido en válvulas de escape de las tensiones que se acumulan en la desagradable monotonía de la vida isleña. En las Indias Occidentales, la política es considerada, en mayor medida que en los Estados Unidos, como un tinglado montado más para la propia satisfacción, que encaminado a objetivos más nobles. A algo se deberá que nadie considere extraño el que un famoso jugador de *cricket* se retire a la política para seguir ejercitando en este campo sus habilidades.

La metafísica de la política consiste en la organización de una vida buena para la mayor parte de la comunidad. Traducido al caso de las Indias Occidentales británicas, significaría la rehabilitación planeada de la economía en cuanto al conjunto regional y para el auténtico provecho de sus obreros y campesinos. Los políticos muy frecuentemente se han limitado a ofrecer un radicalismo espurio que viniera a remendar la estructura actual de la sociedad sacando salarios más altos de los patronos o regateando con Londres para obtener mejores precios para los productos locales, y no han hecho nada para atacar —como lo han hecho el Gobernador Muñoz Marín y su partido en Puerto Rico desde 1940— el problema de planificar la producción para el consumo de la comunidad. Se ha hecho muy poco para dirigir la agricultura según normas científicas, llegándose al resultado absurdo de que una región que podría producir muchos de sus alimentos tiene que seguir importando conservas inglesas, o para iniciar un audaz programa de industrialización. Las industrias existentes como la petrolífera de Trinidad han podido, por eso, alcanzar una posición privilegiada en la economía, con capital extranjero que subordina los intereses locales a los intereses de los inversionistas extranjeros y pagando muy poco, en formas de impuestos, al gobierno local. En la Guayana Británica, el capital extranjero ha ido tan lejos en las inversiones locales que grandes sectores de su economía no pertenecen sino al imperio privado de la empresa Booker. El significado de una pobreza tan extendida es que incluso las economías isleñas más avanzadas, como la de Jamaica (donde la Hacienda Monymusk de la Compañía Azucarera de las Indias Occidentales es un modelo en las prácticas de empleo que sigue) dependen peligrosamente de sus mercados de exportación.³⁴ Este peligro tendrá

³⁴ Alfred P. Thorne, *Size, Structure and Growth of the Economy of Jamaica*. Supplement. Social and Economic Studies, University of the West Indies, 1955, págs. 55-56.

que ser remediado por la planificación regional de los procesos de producción y de consumo en la región, a realizar por el gobierno federal para evitar, de ese modo, ese mercantilismo miope que llevan a cabo las economías individuales cuando intentan competir aisladamente en los mercados mundiales. La clase de plan que lleva implícito tal punto de vista ha sido construido, sobre bases isleñas, por el Movimiento Nacional del Pueblo en Trinidad.³⁵ Lo que queda por hacer es extender el plan sobre bases regionales y para objetivos regionales. Pero ello requerirá un cambio en la psicología de los líderes políticos de las Indias Occidentales. Dieron por seguro, en el pasado, que todo lo que se necesitaba para resolver sus males era la completa autonomía. En realidad, la autonomía sin contenido social y sin igualdad económica es una caricatura del ideal de la libertad. La historia de Haití y la República Dominicana suministran duras pruebas de ello. La transición de la servidumbre colonial al status de dominio no será suficiente. Los hombres de estado de la Federación tendrán que ir en busca de soluciones para los problemas de la planificación, de las relaciones financieras con el Reino Unido, de la conquista comercial del mercado mundial y, sobre todo, de la reconstrucción de su propia sociedad sobre principios igualitarios que han debido estar en vigor desde 1834.

IV

Debe considerarse a la nueva Federación, en último lugar, como la expresión política del nacionalismo cultural que ha comenzado a hacer acto de presencia en el Caribe, del mismo modo que en Asia, África y el Mediano Oriente. La promesa de la constitución federal es sólo una parte de la promesa de la vida indo-occidental como tal. Durante tres siglos, las normas que rigieron la vida en el Caribe fueron las impuestas por las potencias europeas ocupantes: Francia, Inglaterra, España, Holanda. "Progreso" se identificó con las costumbres, las ideas, incluso la apariencia física del blanco; "atraso", con la del negro. La gente de las Indias Occidentales que piensa se han sentido avergonzados de sus tradiciones semiafricanas, semi-indo-occidentales y niegan, como Pedro, sus propias creencias. Acritud, suspicacia, desprecio de sí mismo, han emponzoñado las posibilidades de armonía y cooperación social. De esta manera, la sociedad de las Indias Occidentales se ha vuelto contra sí misma.

Pero la decadencia del prestigio de los europeos en el Siglo Veinte está preparando la escena para la vuelta del nativo, para un renaci-

³⁵ *The People's Charter. The Peoples National Movement* (Puerto España, Trinidad, BWDI: 1956).

miento cultural en todas las áreas "sin desarrollar". En arte, literatura y música, un nuevo sentimiento orgulloso de las tradiciones locales, la herencia africana hasta ahora reprimida, se alza ya en el Caribe. Aparece claro ese sentimiento en las novelas de Lamming y Mittelholtzer, en el estilo de bailar de artistas como Geoffrey Holder, en el movimiento artístico haitiano de pintores como Héctor Hypolite y Rignaud Benoit, en el desarrollo de bandas de tambores de metal en Antigua y Trinidad, en las investigaciones del Centro de Estudios Económicos y Sociales de Jamaica, en la aparición de una nueva clase de sociólogos y antropólogos nativos que han emprendido una reevaluación y reapreciación de la cultura y formas artísticas locales, especialmente el grupo de los *Authentiques* en Haití que ha producido los estudios piloto de René Víctor y Dorsainvil, en la aceptación, en una palabra, de que el *folklore* del Caribe debe considerarse como una expresión de su cultura y no como copias serviles de las sociedades metropolitanas, con el subsiguiente vasallaje cultural. Kingsley, en el estilo victoriano que le era propio, se dio cuenta de esta verdad hace ochenta años. "Grandes y valiosos esfuerzos —escribía cáusticamente— se hacen cada temporada en Londres para lograr la conversión de negros y paganos y la abolición de sus bárbaras costumbres y danzas. Es de esperar que algún día negros y paganos nos muestren su gratitud enviándonos misioneros que conviertan nuestros bailes y nuestra vida social, y nos ayuden a quitarnos la viga de nuestro propio ojo en agradecimiento por haberles quitado la paja del suyo".³⁶ Es tan verdad eso que se prueba con sólo recordar la relativa indigencia cultural de los colonizadores blancos en el Caribe. No produjo ninguna mentalidad sobresaliente. Sus hijos famosos, como Alejandro Hamilton, levantaron su fama en otros lugares. Sus hombres de genio, administradores o guerreros, procedían de la clase esclava: Dessalines, Henri Christophe, Toussaint L'Ouverture. Dio lugar, con su Edad de Oro, al "interés" por las Indias Occidentales; sin embargo, toda historia de esa época, bien proceda de un historiador local o de un viajero extranjero, rara vez deja de dibujar una acusación, en una u otra forma, contra los hábitos de los propietarios de esclavos corrompidos por el arbitrario gobierno impuesto a la clase subyugada. Las historias de Pere Labat y Bryan Edwards, los diarios de Lady Nugent y "Monk" Lewis, las observaciones de Abbe Raynal señalan todos esos hábitos: inmoralidad, inmoderación en el comer y beber, vestidos y casas extravagantes, vicio en el juego, vacaciones en Inglaterra, un despego arrogante de las ideas y una desconfianza en la educación que podían ser considerados, incluso por la actitud gentil

³⁶ Charles Kingsley, *At Last: A Christmas in the West Indies* (Londres: MacMillan and Co., 1867), págs. 370-371.

de los misioneros protestantes, como una invitación a la revolución. Estos hábitos, como siempre ocurre cuando se trata de dominios coloniales ultramarinos, llevaron su efecto corrosivo a la opinión metropolitana. Constituye una buena lección el hecho de que un defensor de la libertad de los negros como Kingsley hubiera sido también en la metrópoli un socialista cristiano preocupado con la elevación moral y económica de las clases obreras victorianas, y que un campeón de los colonos desposeídos como Froude se hubiera opuesto a la extensión del sufragio victoriano a los trabajadores de la ciudad y se pusiera al lado de Warren Hastings en el gran debate que Burke había desatado sobre la cuestión del dominio imperial en la India. El dicho de Burke de que ganar un imperio es fácil, pero que bien gobernarlo no es cosa corriente, sirve como definición del dominio europeo en las Indias Occidentales. No es exagerado afirmar que las futuras relaciones entre los pueblos de las Indias Occidentales y sus antiguos amos, puede ser considerada como el pago de la inmensa deuda histórica que éstos deben a aquéllos, aunque su iniquidad moral quizá nunca pueda ser borrada.

Resultaría empresa difícil describir en detalle la nueva sociedad que surgirá en el futuro de las Indias Occidentales. Pero deberá contar con ciertos rasgos generales, si va a tratarse de una civilización valiosa. Tendrá que tratarse, para empezar, de una cultura mestiza, que trate de combinar lo mejor de la tradición inglesa y de los modos de ser locales. Quiere esto decir que tendrá que arbitrar una vía media entre una anglofilia exagerada y un nacionalismo folklórico insularista. De lo último existen ya síntomas en la vida del Caribe tales como la adulación oficial rendida al viejo tipo del *jibaro* en Puerto Rico y ciertos aspectos nostálgicos que pesan sobre la investigación del *Vudú* en Haití. La imprenta del "progreso" sobre las áreas "atrasadas" deja el campo libre a la resistencia reaccionaria para que actúe en nombre de la "preservación" de la cultura "nativa" o del estado idílico que se dice existía en la gran época de la colonización, trasuntos ambos cuadros del viejo retrato de la "Bendita Inglaterra" antes de la industrialización y que no es otra cosa que la válvula de escape de un presente que se forja un pasado imaginario. La tarea consistirá más bien en planear la amalgama que confiera al pueblo de las Indias Occidentales los beneficios de la tecnología moderna, tanto en la agricultura como en la industria, sin destruir sus rasgos individuales en nombre de una ética adquisitiva. Ninguna lógica social exige que el "progreso" signifique la reducción de las diversidades culturales a un molde común de insípida uniformidad. De modo distinto a las sociedades antiguas del mundo occidental, las nuevas naciones del Siglo Veinte poseen ventajas que son

consecuencia del nivel histórico. El establecimiento del Estado Providencia ya no hace inevitable que el desarrollo sea comprado al terrible precio cultural y social que se hacía pagar hace un siglo a las clases trabajadoras inglesas. El surgimiento de un tipo de comunismo nacionalista, como el de Yugoslavia y China, es prueba de que ni siquiera una filosofía tan compulsivamente monista como el comunismo es capaz de romper completamente los viejos moldes históricos, especialmente si se trata de los representados por el Confucianismo clásico, con una carga orgullosa de dos milenios sobre sí. La imprenta del cambio industrial sobre la vida del campesino ignorado totalmente por el marxismo ortodoxo puede dar nacimiento a formas sociales y culturales ya señaladas, pero no debidamente apreciadas, por una sociología construida sobre las presuposiciones inarticuladas de la sociedad industrial europeo-americana. Un universo civilizado es un universo pluralista. En su construcción hay reservado un importante papel para las naciones que ahora despiertan. Y en ese papel tienen reservada una parte importante las Indias Occidentales, que pueden aportar sus propias características: el ritmo picaresco de su vida isleña, su habilidad para gozar de la ociosidad sin esfuerzo, su talento para las actitudes históricas, para el arte de la conversación florida, casi inexistente en nuestro mundo angloamericano más consciente de sí mismo, su rebeldía contra la ética protestante que siempre fracasó por completo en esclavizarle, el legado de las bellas ciudades como Falmouth, Scarborough y Christiansted, evocadas todas ellas de modo bello por la magia del Sr. Fermor en su libro *The Violins of St. Jacques*. Sólo necesitan una oportunidad para enriquecer al mundo y contribuir con su propia nota a la partitura musical de la civilización mundial.

No es de lo menos fundamental que llegue la oportunidad de terminar con la larga y calamitosa historia de la guerra de color tanto en el Caribe como, por su ejemplo, en el resto del mundo. Raza y clase han andado tan mezcladas en la vida indo-occidental que la una se ha convertido en el símbolo de la otra. La Administración Colonial Británica, aún más que la francesa y quizá también que la holandesa, no tuvo éxito en enfrentarse con el desafío de la cooperación y la comprensión racial. Ha hecho gala, como Sir Ralph Furse reconoce con una agradable franqueza en su *Memorandum* de 1946, de inhibiciones características: un autoconvencimiento de la justicia que anima a la "misión" británica; una escasa conexión entre la enseñanza y la investigación; un conocimiento deficiente de ciertas materias como la nutrición, la economía y la seguridad social y del trabajo, con la consiguiente falta de simpatía entre los funcionarios generales y especializados del Servicio Oficial; una educación inadecuada en problemas coloniales antes de ser nom-

brados, para el cargo; un criterio demasiado estrecho en el reclutamiento de funcionarios entre las clases sociales inglesas; y sobre todo una actitud general ante los problemas del imperio que determina el brillante éxito del funcionario entre los nativos "incontaminados" y frecuentemente un verdadero fracaso con la nueva *intelligentsia* nativa. Como consecuencia, el funcionario colonial, aunque quizá en menor medida por lo menos aparentemente que el blanco sin instrucción en la sociedad colonial, no ha logrado ajustarse emocional o psicológicamente a un medio en el que se ha sentido más como emigrante frustrado que como miembro aceptado. No es sorprendente que este desajuste haya dado lugar al mito del indo-occidental "desagradecido" que es comparable desventajosamente al mito del africano "incontaminado", racionalizaciones ambas que tienen poco que ver con la realidad. Tampoco es sorprendente que el tipo de memorias que ha solido escribir en su jubilación hayan sido no mucho más perspicaces de la realidad que los románticos libros de viajes escritos por visitantes ultraentusiásticos; libros debidos a funcionarios coloniales, como el que ha escrito Maurice Collis sobre el choque entre Oriente y Occidente, sólo surgen después de una prolongada y agradable residencia y de una auténtica simpatía, respaldadas por un verdadero instinto de investigador, por la cultura e historia nativas. Sería verdaderamente trágico que todo esto condujese a una ruptura entre Inglaterra y la nueva Federación de las Indias Occidentales. No hay que olvidar que la promesa de vida de las Indias Occidentales descansa no en la adquisición de un nacionalismo extremista basado sobre sentimientos de venganza contra un pasado que es mejor olvidar, sino en seguir, como nueva nación, el camino de la cooperación internacional, no solamente con Inglaterra sino también con los hemisferios norteamericano y latinoamericano entre los cuales la Federación constituirá un puente de contacto. Todos aprenderían mucho de ese entrelazamiento. No sería la primera vez en la historia en que nuevos mundos han sido llamados para el reajuste del viejo.

THE BRITISH CARIBBEAN FEDERATION: THE WEST INDIAN BACKGROUND

GORDON K. LEWIS

(Abstract)

The new Federation of the British territories of the Caribbean area will come into being in 1957, with the first federal elections under the new constitutional arrangements probably being held early in 1956. In this article Professor Lewis sets out the general background of West Indian society within which the Federal Government will operate. A short initial historical background of the federal idea is followed by a discussion of the varied factors that make Federation a logical step for these dispersed and poverty-stricken islands. This is followed, in turn, by two larger sections. The first of these deals in detail with the general social and psychological conditions of West Indian society, with some particular reference being paid to social attitudes of the peasant and worker in that society; the relationship between them and the elements of West Indian government; the role of color in social and individual relationships; the problem of a superimposed British culture-pattern upon a colonial people; and the kind of public policy that will have to be pursued by imaginative government if a West Indian answer is to be provided to the West Indian question.

The second larger section analyzes the character of politics and political parties in the British Caribbean. It includes a description of the present forms of constitutional and political rule in the Crown Colony system and an analysis of the various factors that explain the comparative immaturity of disciplined and principled political parties in the region. Note is taken of the recent rise of new party organizations which promise to replace the old forms with new structures and new social and economic philosophies more attuned to the rising demand for responsible self-government in the area, possibly to end in Dominion Status of the region within the Commonwealth. Note is likewise taken of those aspects of the proposed Federal Constitution which impinge upon these aspects of West Indian government.

The final and shorter section of the article deals with the growth of a Caribbean national culture and consciousness within the British area. For the development of federal self-government is only one aspect

of the rise of colonial nationalism within the Caribbean; one of the problems of the federal venture, in turn, will be that of adjusting its machinery and its outlook to the demands of that nationalist spirit. In this sense, the Caribbean reflects the larger spirit of racial and nationalist self-assertiveness that is to be seen in the Asian and African continents. The article closes by drawing attention to the fact that the stubborn anglophilism of the British Caribbean, along with its nearness to the United States, suggests that the region may become an experiment in the meeting and the mixture of the old and the new worlds in the twentieth century.